



La Plegaria del Misionero triste

Por Juan Francisco Hernández.

No me arranques, Señor, este tesoro
de dolor y de pena que me has dado.
No; todavía nó: déjalo un tiempo
más sobre el corazón hecho pedazos;
si hasta hoy lo exulté con alegría,
qué importan ya los hierros de este garfio?

Como un arpegio en la noche,
como un soplo, como un sueño,
como una burbuja frágil,
como las flores del heno;
así fué mi vida un día:
soplo, flor, burbuja y sueño.
Cada camino más largo,
cada horizonte más lejos,
cada cosecha más prieta
e infecundo cada esfuerzo!

Hoy vivo la recia vida
del dolor que, como un riego,
va fecundando tus siembras
y va hinchando mis graneros,

No tengo nada mío, ni tan sólo
una sotana negra. Pertenece
sólo a mi herencia este dolor que es mío,
mis lágrimas amargas y calientes.

Son las almas, Señor, las que recaban
esta amargura atroz que me destroza.
Dolor fecundo! Pena que es nodriza
de mil millones de almas en la sombra!!

Oh! qué dulce frescor éste que siento
al ver las llagas de mis penas turbias,
como una rosa de dolor que toma
el rojo vivo de las llagas tuyas!

Yo no puedo llorar: no tengo lágrimas.
Sufro... sufro..., me callo! Qué divino
este dolor anónimo, este llanto,
este llanto por dentro contenido!

Tus almas necesitan mis dolores,
todos, completos, sin que falte uno!
Si mi dolor los riega, verás pronto
una explosión de vida en cada surco.

Déjame mi dolor, déjalo, déjalo
que clave, rasgue y me destróce más!
Déjame mi dolor, déjalo, déjalo
un poco más, Señor, un poco más!